

ACTOS DE FE

Adolfo Quiñones Lombraña



ACTOS DE FE

Adolfo Quiñones Lombraña

Capítulo 1

ACTOS DE FE

El padre Manuel Recio nunca había recibido una llamada telefónica a tan altas horas de la madrugada. Pese a la alarma y el sobresalto inicial, el cerebro del anciano cura no se decidía a dar el salto que le sacara del sueño y le acercase a la realidad. Con los pies descalzos, caminó hacia el aparato de sus desvelos. Mientras se acercaba, un pequeño golpe de su pulgar derecho con la esquina de la cama le ayudó a ser más consciente de la situación en la que se adentraba. Era evidente que llamar a un cura a determinadas horas de la noche solo podría ser un error de algún equivocado trasnochador. O una mala noticia. Algo, en la parte inferior de la espalda, le hacía pensar que se trataba de la segunda opción. Solo era una sensación, una especie de mal fario. No tenía motivos de alarma así que la lógica indicaba que lo más probable era que algún parroquiano necesitase de una extremaunción.

Aunque no conocía de ningún vecino que se encontrase en un estado preocupante de salud, era consciente de que los accidentes ocurren, los corazones dejan de latir y las almas trascienden el plano terrenal cuando uno menos preparado está para ello. Sí, una extremaunción sería lo más factible. Para el padre Recio despedirse de un parroquiano no era más que un simple paso en la transición entre este mundo y el siguiente. Además, en el pequeño pueblo donde vivía, nunca había un gran motivo de preocupación y las funciones del párroco local se circunscribían casi exclusivamente a las misas de domingo. De tanto en cuanto se complementaban con las fiestas locales, algún bautizo, boda o funeral. Una vida rutinaria para un hombre rutinario. Amaneceres tempranos, atardeceres tranquilos y noches de calma. Una vida apacible donde nada realmente malo ocurría. Nada más a lo que enfrentarse que el ciclo de la vida que, inexorable, avanza y avanzaría sin que Recio ni ningún otro pudiese hacer nada por cambiarlo. Una extremaunción, qué duda cabía. Pobre desgraciado o desgraciada, pensó el padre Recio antes de descolgar el teléfono.

Al otro lado de la línea se escuchó la voz temblorosa de Raúl. Al padre Recio no le costó reconocerlo. Raúl era uno de los escasos jóvenes que aún vivían en aquella comunidad alejada de las virtudes del mundo moderno. Mientras los demás jóvenes se iban en busca de prados más verdes y de un lugar en el mundo, Raúl decidió quedarse, con su novia de siempre. Con su vida de siempre. Al joven Raúl nunca le importó que su futuro se quedase entre aserraderos, minas de carbón que nada producían y ganado que a nadie le importaba. El mundo exterior se había abierto para Raúl, pero él cerró la puerta de inmediato. Sin embargo, pronto empezaron a asomar algunas grietas en su decisión. Raúl y su esposa pronto tuvieron un niño. El primero y el último. Las decisiones del padre

de familia habían sido tomadas conscientemente, pero que uno medite acerca de su futuro no significa que elija el camino correcto. La familia de Raúl vivía con ciertas restricciones y limitaciones el día a día. Eso era algo que sobrellevaba con dignidad hasta que el diablo en la botella se decidía a asomar. En algún momento, el afable Raúl pasó a ser más conocido por sus delirios alcohólicos a la puerta del único bar de la zona que por cualquier otra de sus facetas. El chico trabajador, el padre de familia, el joven que decidió no abandonar sus raíces. Todo ello quedaba atrás cuando la vida avanzaba por diferentes rutas alcohólicas. De la cerveza al vino y, de ahí, rápida transición a variados espirituosos. Raúl era un infeliz por elección propia que, de alguna manera, no deseaba tener más que lo que poseía y, sin embargo, sentía que algo le faltaba.

Cuando el padre Recio oyó la voz del chico al otro lado de la línea, retrocedió mentalmente y volvió a plantearse la naturaleza de la llamada. La opción de prepararse para despedirse de algún convecino desapareció de su cabeza y fue sustituida por la más que alta posibilidad de tener que echarle una reprimenda a un conocido bebedor. Sin embargo, Raúl no parecía borracho. Su voz no era la de un hombre calmado, eso era seguro, más tampoco la de un hombre ebrio.

–Padre, tiene usted que perdonarme –Raúl trató de hablar en voz baja, pero parecía incapaz de controlar su propio volumen–. No era mi intención sobresaltarle.

– ¿Qué quieres hijo mío? –Planteó el padre Recio casi de manera rutinaria pese a lo poco común de la situación.

–Debería usted venir a mi casa, padre.

El párroco interiorizó su sorpresa. No un “por favor, acérquese a mi casa”. Para nada una petición. Las palabras de Raúl le estaban ordenando que fuese. El tono, sin embargo, se acercaba más a la súplica. Recio escuchó al pequeño hijo de Raúl llorar. A lo lejos, casi como una letanía. La atmósfera de la situación que acontecía al otro lado de la línea, de alguna manera, le convenció de la urgencia del momento.

–Voy de camino –Acertó a decir el sacerdote antes de colgar sin tan siquiera despedirse. No pensó más allá de la posible gravedad y se centró en su obligación contraída con Dios de ayudar al prójimo. De todas formas, ya lo habían desvelado.

Se vistió de un salto y salió a la calle envuelto en un enorme abrigo de color negro. Caminó con un sombrero bien calado por las oscuras callejuelas de un pueblo que no había recibido todavía la bendición del alumbrado público. Se llevó una linterna, aunque no le hizo falta encenderla ya que conservaba la vista perfecta de su juventud. Camino del hogar de Raúl se encendió un breve pitillo, vicio nefasto de su

adolescencia que no había podido dejar atrás. Al menos era el único. A un compañero del seminario le habían pillado, ya anciano, echando mano del cepillo de la iglesia. Recio negó con la cabeza cuando estos recuerdos cruzaron su mente. Él no. No sería perfecto, pero al menos siempre había sido un honrado pastor, servidor de su Dios y de sus feligreses. Un hombre feliz de extender la palabra del señor entre sus semejantes.

Caminando a buen paso, llegó a casa de Raúl. Aunque la casa estaba ligeramente apartada del núcleo del pueblo, de lejos ya había podido observar que las luces estaban encendidas. Raúl, un más que correcto albañil, había construido una belleza de hogar para su mujer y su hijo en el terreno que otrora ocuparan las huertas familiares. Apenas a cincuenta metros de la puerta, el padre Recio observó una sombra desplazándose a alta velocidad en dirección a él. El hijo de Raúl, de apenas seis años, de pelo oscuro y carrillos sonrosados, parecía haber madurado a la velocidad de la luz. Mandíbula apretada y ojos fijos, el chiquillo, cuyo nombre el padre Recio no recordaba, apareció por el empedrado, vestido de calle. Como listo para huir a cualquier parte

– ¿No es un poco tarde para que estés despierto? –preguntó apoyando su mano en el hombro del niño. El toque del párroco no pareció afectar a la ansiedad que se reflejaba en los ojos del niño. El pequeño no pronunció palabra alguna. Un gesto de su cabeza en dirección al hogar familiar no hizo más que incrementar el nerviosismo de un cura que todavía no era consciente de la razón que lo había llevado allí. Cura y niño atravesaron la verja de acero de la entrada y pasaron por delante del garaje. El padre Recio sintió una punzada de frío y miedo en lo más profundo del pecho. Lo que otros llamarían “mal cuerpo”. La mujer de Raúl, Arancha, los esperaba en el porche con lágrimas en los ojos. El padre Recio apenas conocía a aquella muchacha, ajena a misas dominicales y a la fe del dogma que él impartía. Sin embargo, sintió la inmediata necesidad de abrazarla. En gran medida para tratar de aliviar la aflicción de aquella chica de ojos agotados y rostro desencajado. En cierto modo el abrazo era un acto egoísta. La intranquilidad empezaba a ocupar un gran espacio en el corazón del padre Recio.

– ¿Qué sucede? – preguntó él.

–Mi marido se lo explicará mejor –Arancha hizo entrar al hombre y, sin mediar palabra, con un simple gesto, envió al niño en dirección a su habitación. El pequeño ni protestó. Raudos y sin dudar, corrió escaleras arriba en dirección a su cuarto. El padre Recio caminó por el pasillo que seguía a la entrada principal. Todavía no entendía que pretendía de él aquella familia para nada devota de la fe cristiana. Estaba allí por primera vez en su vida. En un hogar modesto, familiar y sobrio, que parecía ajeno a cualquier situación que requiriese del cura. Continuó caminando hasta el salón, siguiendo a Arancha que parecía no ser consciente de que la televisión se mantenía encendida, emitiendo uno de esos programas de

adivinos y brujos que saben mejor que nadie como llenarse la cartera con el dinero ajeno. Por un breve momento fue consciente del paralelismo con su viejo compañero de seminario amigo de obtener ganancias del diezmo del hombre.

Raúl miraba por la ventana del salón. Ausente a todo lo que acontecía a su alrededor. No había copa, vaso o botella en toda la sala. Recio se dio cuenta de que, inconscientemente, se encontraba buscando pruebas de un posible acto de ebriedad. Raúl se sintió claramente aliviado por la llegada del cura y le dio un abrazo fuerte y sincero. Ambos se sentaron y Raúl, educadamente, apagó la televisión.

– ¿Desea usted algo de beber? –invitó Raúl.

–O de comer –dijo Arancha desde el quicio de la puerta del salón. Ambos parecieron mantener una extrema atención en sus buenas costumbres. El padre Recio sintió que sus anfitriones trataban de normalizar una situación que, claramente, estaba lejos de ser normal. El cura negó con su mano derecha. Se sintió descortés por no necesitar ni hablar para dirigir la situación. Su mirada expresó claramente una idea. Necesitaba saber de manera inmediata qué hacía en ese salón. No le hizo falta ni preguntar. Raúl comenzó a hablar. Masticando cada palabra como si le fuese imposible transmitir lo que pensaba. Lenta, pausadamente, casi como si el mismo narrador de la historia fuese capaz de entender aquello de lo que hablaba.

–Verá padre Manuel. Esta tarde me he ido de caza con mi hijo. He disparado a algo que parecía un rebeco.

Recio hizo un nuevo gesto con la mano –No se pueden cazar rebecos en esta zona.

–Lo sé padre, sé que no estuvo bien. Había salido con mi hijo a probar mi nueva escopeta y no lo pensé, pero no he hecho nada ilegal, puesto que no he disparado a ningún rebeco.

–Entonces Raúl, ¿A qué le has disparado?

Raúl miró a su mujer que parecía estar a punto de romper a llorar y masticó cada una de sus siguientes palabras. –Yo no sé lo que es–y preguntó al cura – ¿Quiere verlo?

Ambos hombres caminaron en dirección a la puerta trasera de la casa. El padre Recio echó un vistazo sobre su hombro y observó a Arancha conteniendo sus lágrimas a la entrada de la cocina. Para el párroco la historia estaba clara. Raúl, aquel infeliz, había salido de caza con su hijo y le había volado los sesos a algún pobre labriego local. Las tripas del padre Recio se revolvieron ante la posibilidad de haber acertado desde el

principio. Estaba casi seguro de que ahora se dirigía al cobertizo de aquella familia a dar la extremaunción a un pobre hombre con un tiro en el cuello. Sin embargo, una parte de él seguía vibrando de intranquilidad. Raúl podía ser un borracho en algunos momentos y quizá el temor a la justicia le había llevado a tomar la ruta equivocada, pero el padre Recio se negaba a creer que Raúl hubiese disparado a alguien y le estuviese dejando morir en su granero.

El infortunado cazador sacó del bolsillo de su pantalón la llave que abría el formidable portón de madera que impedía el paso al enorme cobertizo que la familia usaba para almacenar grano, provisiones o su vehículo en la mayoría de las ocasiones. Con el rostro desencajado miró al cura. Parecía como si le pidiese perdón con la mirada por cuanto iba a suceder. Cuando la llave giró en la cerradura, el ruido seco del chocar pezuñas contra el suelo de cemento salió del interior del improvisado garaje. Un rebeco, al fin y al cabo, pensó el padre Recio. A lo mejor un ciervo. Por un breve instante el padre Recio se rindió al agotamiento que se abría camino por su cuerpo y su mente le sugirió que aquel chico le había despertado de buena madrugada para mostrarle un trofeo de caza. El pensamiento duró poco tiempo en la imaginación del cura.

La puerta corredera se abrió haciéndose a un lado. Dentro seguía estando oscuro. Aun así, el cura acertó a ver como una figura se protegía contra la pared del habitáculo. Raúl encendió la única bombilla de la sala y el mundo dio un vuelco para el padre Recio.

Apoyado contra la pared había un monstruo, una aberración sin nombre cuyas formas eran esquivas a la imaginación de Manuel Recio. Su cuerpo humano estaba rematado con unas patas de carnero, fuertes y musculosas. Con su poderoso brazo derecho cubría la herida de bala que Raúl había infligido a su perfecto torso. De aquella perforación en su busto manaba sangre oscura y densa que parecía ahogar la luz que se reflejaba sobre ella. Desnudo, mostraba unos atributos masculinos enormes para los cánones del padre Recio. Su rostro, perfectamente moldeado y hermoso, perdía toda belleza cuando se observaban los cuernos, gruesos y rugosos, existentes sobre su cabeza.

El engendro sonreía, apoyado contra la pared, con las rodillas flexionadas. Tranquilo. Quizá demasiado tranquilo. Los miró a ambos y susurró algo en voz muy baja. Algo para sí, como una reafirmación de que aquella monstruosidad estaba en el lugar y el momento adecuado. Aquella bestia antinatural sonrió amablemente mostrando unos dientes más allá de la perfección. El padre Recio notó como el sonido de su corazón subía por su cuello y martilleaba en sus sienes. Raúl temblaba. Casi más de desesperación que por miedo.

–Raúl –dijo la criatura–. No seas mal anfitrión y sal. Te he dicho que el

padre y yo debíamos tener una conversación.

Recio, todavía boquiabierto observó el rostro empapado en sudor de Raúl. Volvió a mirar a la bestia. En verdad había un disparo en su pecho, pero lo que manaba de aquella herida parecía la forma más corrupta de la sangre animal. Raúl pidió permiso para abandonar el garaje. En un susurro, más bien en un ruego. El padre Recio no llegó a responder. Era incapaz de apartar la mirada del ser que había ante él. Raúl, veloz, abandonó la estancia sin hacer ruido. Como un animal apaleado al que envían a dormir a la calle. Los dejó a ambos a solas.

–Padre Recio –dijo la criatura. El monstruo se incorporó desde su posición en cuclillas y, en la penumbra cruzó la sala hasta alcanzar un taburete. Sus inhumanas pezuñas parecían arañar el suelo con la fuerza de sus piernas. Recogió el pequeño taburete de madera y volvió a su esquina sin que el padre Recio fuese capaz de quitarle los ojos de encima. El cerebro del párroco se había detenido en el tiempo, minutos atrás, y nada podía sacarlo de aquella ensoñación tan vívida. A lo lejos, la voz de Arancha increpó a su marido por dejar al cura en aquella situación. La única respuesta que llegó a oídos del padre Recio fue el llanto casi infantil de Raúl. Aquel ser monstruoso se sentó cómodamente en su recién adquirido taburete de tres patas y madera de roble. No había perdido su tranquila sonrisa ni por un instante.

Las preguntas se agolpaban en la boca del sacerdote, pero una de ellas parecía la más oportuna. – ¿Qué eres? –preguntó.

– ¿Usted qué cree, padre? –dijo la aberración. Calmado pero casi molesto– ¿No le resulto familiar? Supongo que algo le habrán hablado de mí en el seminario.

El cura había seguido el ejemplo de Raúl y sudaba con profusión. Daba la sensación de que la temperatura en aquel cobertizo era insoportable e inhumana. Su mente daba vueltas a medio camino entre lo inconcebible y lo imposible. Ni siquiera tuvo tiempo a responder antes de que la criatura continuase hablando de manera calmada, con aquella voz tan dulce como despiadada. Tan elegante como desprovista de alma.

– ¿Ha perdido usted la fe? –dijo el macho cabrío de faz humana con un tono dulce como el de un niño travieso–. He oído que el gran jefe de los curas del mundo, en una reunión con los más inteligentes y cultos de su séquito, había acordado que ya no existo. Que ni existí ni existiré. Que soy un cuento de viejas para asustar a los niños– Hablaba con pausas impostadas. Lentamente, pero convencido de la relevancia de su mensaje – ¿A dónde vamos a ir a parar? –dijo con un timbre socarrón en su voz.

–Tú no deberías existir – El padre Recio no pensaba en las conclusiones del concilio Vaticano II, ni en las connotaciones para la fe cristiana que

podría tener estar frente al verdadero satán. Aquella aberración iba más allá de lo religioso, de lo divino o lo mundano. Era un error biológico y el padre Recio lo expresó de la única manera que sabía -. Tú no existes - volvió a repetir, casi para convencerse.

-Pero existo, padre. Hoy me he mostrado. Raúl me ha reconocido, aunque ha tardado un poco -dijo él señalándose la perdigonada de su tórax-. Solo había salido a pasear cuando uno de sus fieles decidió dispararme. Anteriormente podía adoptar la figura de una de las criaturas de Dios y engañar a sus parroquianos, pero hoy casi no me ha hecho falta. El muy imbécil ha salido a cazar rebecos fuera de temporada de rebecos y ha disparado a lo primero que ha visto - Hizo un gesto de desaprobación con el dedo acompañado de una mueca de indignación que retorció su rostro de belleza imposible -. Cuando Raúl me trajo aquí decidí que debía castigarlo de alguna manera por su insolencia. Disparar así al más bello de los ángeles del señor.

-Lucifer - dijo el cura entre dientes.

-Tengo muchos nombres - respondió el diablo indignado. Su rostro se agrió. Sus ojos tornaron de azul a negro azabache. El calor parecía incendiar aquel habitáculo. El monstruo siguió hablando -. Actualmente se me está perdiendo el respeto a pasos agigantados. En mi larga vida, jamás había sido objeto de un ataque tal. Lo he hablado con Raúl. Tal afrenta merece castigo, pero soy un ser de justicia - El diablo parecía relamerse a cada palabra. Su rostro ya no era tan hermoso. Si alguna vez alguien quería definir la ira en una imagen, solo retratando aquella cara podría hacerlo -. Le he dicho a Raúl que llamase a un hombre sabio para que decidiese qué hacer. Ha llorado, ha pataleado, y su mujer me ha suplicado, pero ¿qué le voy a hacer? No puedo dejar correr tamaña afrenta. Al final le han llamado a usted - El diablo estiró la mano más de lo que parecía naturalmente posible. Claro que las reglas de la naturaleza parecían no haber cruzado el portón. Aquella alimaña sobrenatural agarró y sujetó el crucifijo que el padre Recio llevaba al cuello. El cura se había ido inclinando desde su posición para escuchar mejor la historia y el colgante pendía sobre su pecho-. Supongo que la elección de Raúl parece obvia, ¿no? Creo que Raúl pensó que usted me convencería para no castigarle. Me parece que la inteligencia de ese hombre no es muy elevada.

- ¿Qué deseas de mí? -Preguntó el cura, totalmente ausente y perdido. A cada momento más agotado. La situación estaba por completo fuera de su capacidad de manejo. Realmente dudaba que en todo el Vaticano hubiese alguien capaz de manejar tal evento.

-Se ofrece usted muy rápido ¿Qué dirían sus superiores? -El diablo rio con desgana-. Como usted sabrá, tengo fama de ser muy justo en mis ofrecimientos. Doy a elegir, algo que su Dios no suele hacer -Aquel ser

pronunció la palabra "Dios" como si la escupiera, como si fuese lo más desagradable que pudiese decir. No había temor, ni ira. Solo desprecio-. Dicen que el Señor les da capacidad de elección y yo digo que es mentira- Acercó su rostro al del padre Recio. Aquel joven rostro que hace un instante mostraba una belleza incalculable parecía cambiar sus facciones hacia algo más terrible a cada momento-. Así que aquí estamos, usted y yo. Decidiendo que hacer con aquel pobre infeliz que me ha disparado con la escopeta que hay sobre esa mesa ¿Qué haría usted?

El párroco dudó, tragó saliva y trató de hablar sin mirar aquellos ojos hipnóticos. Maduró su respuesta lo mejor que pudo, dada la increíble situación-. Yo creo en el perdón. En el perdón de Dios para con sus hijos. No ha sido más que un error - Alzó la vista, sabedor de que los recursos manidos y las frases que usaba en lo privado de su confesionario tenían poca cabida en aquel entorno de locura.

-Ya -dijo el engendro con desgana-. Ya veo lo bien que el perdón se extiende entre los hijos del señor. Está claro que no prestas atención a las noticias. Hace tiempo que el perdón ya no está de moda. Yo te ofrezco otra cosa -Recio no respondió-. Todos sabemos que lleváis años intentando ocultarme. Vuestro Santo Padre -El engendro hizo una pausa, miró hacia el techo del cobertizo y comenzó a santiguarse casi compulsivamente mientras una horrenda sonrisa de dientes manchados y retorcidos aparecía entre sus labios-. Vuestro Santo Padre dice que mi reino infernal no existe, que yo no existo, que solo hay grandeza y cielo -Recio no articulaba palabra-. Mientras la miseria, la mierda, el sufrimiento, la agonía, el hambre y la enfermedad pastan libremente por los verdes pastos del señor y yo digo ¡Aleluya!

El grito se escuchó desde la casa de Raúl y éste casi se meo encima. No podía más. Sabía que se hablaba de él. Egoístamente había puesto su vida, su futuro, su existencia, en manos de aquel cura con el que no había cruzado ni tres palabras. No lo resistía más. Caminó hacia la puerta de salida. Su mujer le pidió que no lo hiciera, pero el necesitaba saber, necesitaba oír. Abrió la puerta de casa y trató de acercarse a hurtadillas al cobertizo mientras el diablo proseguía con su sermón. Sin embargo, el miedo le atenazó tan fuertemente que apenas fue capaz de llegar al segundo escalón del porche. Sus rodillas temblaban y sus músculos no le respondían. A escasos metros, Dios y el diablo jugaban a los dados con su porvenir.

-Vivís en un mundo plagado de tristeza y muerte y aún así os prometen el cielo como única salida, pero ¿qué ocurriría si yo me mostrara al mundo? ¿Qué crees que le pasaría a tu Iglesia? ¿Acaso crees que tú Dios, que Jehová, Krishna o quién quiera que tenga las llaves del cielo hoy, bajará a doblegarme y la fe del hombre se verá recompensada? -El diablo miró al

padre Recio esperando una respuesta.

–No lo sé. Solo soy un párroco de pueblo. Yo no sé qué decir –Era la respuesta más honesta. No había elección más que ser honesto consigo mismo. Aquella situación le sobrepasaba enormemente.

–Yo te lo diré Manuel, hijo de Josefina y Lorenzo, padre de esta parroquia perdida en el culo de la tierra. Escucha atentamente. Si el mundo contemplase mi poder, mi imagen, todo lo que represento y no viese a la otra cara de la moneda, no existiría recuperación posible. El hombre es malo, piensa mal y obra peor. Si la imagen del mal es la única que existe, ¿quién se pondría de parte del hombre honrado? Yo te respondo en vista de tu falta de perspectivas–El diablo se meció hacia adelante y sus ojos se quedaron a la altura de los del padre Recio. Con su mano, cada vez más huesuda y deforme torció el cuello del cura y puso sus labios ardientes y secos en su oreja para susurrarle–. Nadie.

Recio estaba al borde del colapso. Su visión se nubló y sus sienes se llenaron de un sudor helado. A punto de desmayarse sacó fuerzas de flaqueza –Si tal es tú poder, ¿en base a qué vienes aquí y me ofreces un trato por el alma de Raúl?

El diablo rio pesadamente. Lenta, desgadamente Su voz dulce se había agravado durante la conversación como la de un niño que pasara a la edad adulta en una sola noche –. Vengo a negociar por ser lo que me divierte. Así le muestro a tú rey de pacotilla de qué pasta os ha hecho. Te ofrezco un trato. Tienes dos opciones, las dos igual de correctas. La primera es que esta noche yo salgo de este cobertizo y me muestro al mundo. No con esta forma de usar y tirar, sino con una esplendorosa demostración de poder y genio. Raúl no tendría que pagar. Al menos no de momento. Nadie sabe a ciencia cierta qué barbaridades ocurrirán tras mi venida.

–La gente no obrará como dices– La aparente falta de convicción del padre Recio pareció divertir a su interlocutor.

–La gente obrará peor. Ya no habrá freno. Si todo lo que hay en mi vida eterna es malo, por qué no ser malvado hoy, mañana y siempre.

–Si te muestras, la gente sabrá que existe un contrapunto a tú maldad, que existe un Dios –El padre Recio se creció. Blandió su puño derecho hacia su enemigo jurado, el cual, no pareció sentir la justa ira del cura.

– ¿Y quién se lo va a decir a la gente? ¿Tú? ¿El cura paleta del pueblo de mierda perdido en las montañas? –La bestia se incorporó. Su cabeza rozaba el techo. Su musculatura imponente y decrepita abrumaba al padre Recio– ¿Va a decir algo Él? ¡Que se muestre! ¡Que baje aquí! Que enseñe a sus mascotas que pueden ocupar un sitio a su lado en la vida

eterna. Tú esperas que ocurra eso, pero no ocurrirá. Lleváis años muriendo de las formas más crueles y yo he estado allí. En Faluya, en Nueva York, en Nagasaki, en Auschwitz. He visto como os matáis y torturáis de mil maneras. Incluso en nombre del bien. No estáis preparados para recibirme. O quizá estéis demasiado predispuestos.

– ¿Cuál es la otra opción? –dijo el padre Recio. Mientras, Raúl ya había conseguido recorrer la mitad del camino al cobertizo a paso lento, con el corazón saliéndose del pecho.

–La otra opción es evidente. Raúl recibe el mismo castigo que yo – dijo la aberración señalándose el pecho, de cuya herida, antes escupiendo sangre color petróleo, ahora parecía manar pus putrefacto–. Yo desaparezco y todo queda en paz. Hasta la próxima vez, claro. Pero eso ya no estará en tu mano.

–No puedo matar a un hombre –dijo el padre.

–Entonces la solución a tu dilema es sencilla –respondió el diablo.

Raúl prosiguió su lento avanzar. Ya casi estaba en la puerta. Desde dentro escuchó al cura gritar un rotundo “No”, seguido de un más débil “No lo hagas”. Raúl agazapado se estiró a un solo metro de la puerta. Ésta se abrió. Dentro, todo estaba a oscuras. Un fogonazo de luz y una detonación surgió de su interior y Raúl sintió un enorme calor en su pecho, pero no se dio cuenta de que sus pies ya no tocaban el suelo. Cayó de espaldas, ya sin vida en el jardín de su casa.

El padre Recio, portando el rifle de la víctima, salió del cobertizo a la noche mientras el diablo, a sus espaldas, volvía a encender la luz en el interior–. La deuda está saldada. No me daré a conocer–dijo el diablo, con un aspecto monstruoso, dientes afilados y nariz chata. Sus ojos eran negros como el carbón y ningún cabello adornaba ya su cabeza. El padre Recio sudaba e imploraba ayuda a su Dios. Arancha salió llorando de la casa y llamando a su marido muerto. En el piso de arriba, la luz de la habitación del hijo se encendió y la silueta del niño se dibujó contra la ventana.

–No me mostraré –le susurró el diablo–. Pero aún hay dos personas más que me han visto. En su mano queda, Padre. –